

● Las fotos de Kertész sobre la lectura sorprenden por su falta de énfasis

Poder y placer del vicio solitario

LEER

André Kertész. Prólogo de Alberto Manguel. Periférica & Errata Naturae. Cáceres, 2016. 80 páginas. 21,50 euros

Ignacio F. Garmendia

Dejando aparte las figuraciones eruditas o devocionales, la iconografía de la lectura ha estado asociada a obras de pintores como Boucher, Fragonard o Fantin-Latour que recrearon ámbitos privados, desde una perspectiva reveladora de los usos de la burguesía o la aristocracia. Frente a esta visión un tanto delicuescente, la mirada contemporánea aportó enfoques que escapaban al marco doméstico y entre ellos destaca el del fotógrafo André Kertész, hijo de librero e interesado desde sus inicios por el sortilegio de la letra impresa. Célebre por sus desnudos distorsionados, el autor húngaro podría considerarse como un precursor del fotoensayo en tanto que artifice de series temáticas que no se limitan a mostrar, sino que elaboran, a partir de materiales

insólitos, un discurso visual de evidente carga reflexiva.

Las imágenes que conforman *On Reading* (1971), el ya clásico trabajo de Kertész sobre la lectura, abarcan más de medio siglo (1915-1970) y los lugares que de-

finen su biografía itinerante: Hungría, París y Nueva York, a los que se suman otros relacionados con sus viajes como fotoperiodista. Las enseñanzas del oficio, unidas al influjo de las vanguardias, marcan, como afirma Alberto Manguel, el trabajo de un artista que del mismo modo que sus colegas y compatriotas Brassai o Robert Capa emigró a Francia en los años veinte, donde empezaría a labrarse, antes del segundo exilio a los Estados Unidos, su prestigio internacional. Aparecido al final de una trayectoria tan dilatada como fecunda, Leer celebra –en palabras del custodio del legado de Kertész, Robert Gurbo– “el poder y el placer” de este otro vicio solitario.

Para el espectador no especialista, lo más llamativo de la colección es su falta de énfasis, muy alejada del manierismo –de las poses o los posados– de los modelos tradicionales. La foto más



2



1



3



4

1. Nueva York, 12 de octubre de 1944. 2. André Kertész (Budapest, 1894-Nueva York, 1985). 3. París, 1928. 4. Esztergom, Hungría, 1915.

antigua, que retrata a tres niños desaharrados, es del tiempo de la Gran Guerra, en la que Kertész participó como soldado. Las más recientes muestran a estudiantes en Washington Square o retratos, muy característicos, de lectores

anónimos en las azoteas de Greenwich Village. Son personajes nada prestigiosos y de hecho muchos de ellos leen no libros sino periódicos. Hay algunos retratos de interiores, como el espléndido de carnaval que ilustra la cubier-

ta, los tomados en conventos o bibliotecas o el no menos maravilloso de la anciana en el hospicio, pero la mayoría de ellos está localizada al aire libre, en parques o terrazas, en balcones o calles vacías o atestadas, como si el au-

tor quisiera confrontar los escenarios públicos con lo que la lectura tiene de acto íntimo. Libros de veleidades esteticistas, las instantáneas de Kertész tienen el halo entre misterioso y cotidiano de la gran poesía.

LOS TRES CRISTOS DE YPSILANTI

Milton Rokeach. Trad. Eduardo Moga. Impedimenta. Madrid, 2016. 400 páginas. 33,50 euros

Manuel Gregorio González

Se recogen aquí, bajo el título de *Los tres Cristos de Ypsilanti*, las investigaciones llevadas a cabo en 1959 en el Hospital Estatal de Ypsilanti (Michigan), y cuyo objeto de estudio era la personalidad de tres enfermos de esquizofrenia con un delirio común: todos ellos decían ser Cristo. La intención de su autor, el psicólogo social Mil-

El fantasma del yo

ton Rokeach, no era otra que la de observar los mecanismos que conforman las creencias primarias de un individuo, y el modo en que éstas se modifican –o no–, cuando tales creencias se ponen en duda. La estrategia que Rokeach arbitró para su experimento fue la de confrontar a tres enfermos poseídos por un mismo espejismo, con la esperanza de que aquella situación les revelara, de alguna forma, su delirio. Los resultados, sin

embargo, no fueron particularmente alentadores. Y pasado el tiempo, el propio Rokeach deploraría la naturaleza de aquel experimento, en la que él mismo quiso ejercer de divinidad clínica, con consecuencias imprevistas.

Al fondo de esta indagación se halla, obviamente, el

origen de la individualidad y el modo en que ésta se conforma socialmente en el individuo. Rokeach cita dos casos anteriores en los que se habían reunido diversos enfermos con el mismo delirio paranoide. Tanto en el relato por Voltaire, como en el que recoge el psicoanalista Robert Lindner, se dio una breve mejoría de carácter temporal. En las reuniones que propició Rokeach, la conclusión es sin embargo otra: Rokeach atri-

buirá la paulatina degradación de dichos encuentros a lo tardío de su terapia, así como a lo avanzado de la psicopatía de aquellos tres Cristos, de estremecedora memoria.

La recapitulación que hace Rokeach, dos décadas después de publicado su estudio, guarda no sólo un honroso gesto de compasión para con aquellos hombres, sino una inesperada certeza. Al convertirse en Cristos, los enfermos de Ypsilanti se estaban postulando como hombres dignos y morales, urgidos, en su estupor, por alguna forma de bondad. Por una idea, quizá, del amor o la belleza.

